

SOLIGNI.

¡Oh, sí...! Tienes razón... Aquí están sus hermanos, que le pagarán un día, si fuere necesario, la dicha que te deben. Hijos míos, abrazad á vuestro segundo padre... Ahora, todos á mí.



¡VAYA UN APURO!

Comedia en dos actos, arreglada al teatro mexicano.

POR EL LIC. SANCHEZ VICUÑA,

NATURAL DE MARAVATIO (1)

(1) Esta pieza, y la que sigue después, intitulada "Un Enlace Aristocrático," se publicaron en México en 1846, en "El Repertorio Mexicano," con la firma del Lic. Sánchez Vicuña, natural de Maravatio.

Creemos que ambas obras son de Gorostiza, pues el estilo, los recursos escénicos, el carácter de los personajes, etc., así parecen confirmarlo. Como nosotros, lo creen al gunos literatos entendidos. Además, el Lic. Sánchez Vicuña es un nombre desconocido en nuestra historia literaria.

Por eso incluimos las dos piezas citadas en la colección de las obras de Gorostiza.—(N. del E.)

PERSONAS

D. Simón, tío de.—D. Pepito, joven de diecinueve años, y de.—Doña Carmen, de quince años.—D. Pedro de Mendoza, tío de.—Doña Dolores.—Sinforosa, ama de gobierno de D. Simón.—Nicolasa, cocinera del mismo.

La escena es en Madrid, en una sala bien adornada de la casa que habita D. Simón, aunque con muebles algo antiguos.



ACTO PRIMERO.

ESCENA I

SINFOROSA ACABANDO DE LIMPIAR EL CUARTO

¡Bravísimo....! Todo está ya en regla.... El pocillo de chocolate.... La rosca y el vaso de agua sobre la mesita redonda.... La chocolate-
ra arrimada á la lumbre.... Ya puede levantarse el amo cuando quiera.... En cuanto al cuarto, me parece que no dirán que lo tengo bien limpio.... más de media hora he estado barriéndolo y sacudiéndolo. ¡Ay! ¡Dios mío, que se me había olvidado la poltrona! (Mueve los cojines.) No hay día que no se oiga en el barrio:—¿Quién? ¿Doña Sinforosita....?—porque así me llaman todos los vecinos....—¡Oh! no hay mujer más

dichosa que Doña Sinfrosita... ¡Ya se ve, hace cuarenta años que es ama de gobierno de un viudo setentón que tiene cuarenta mil reales de renta!—Y creen, en efecto, los necios, que el ser ama de gobierno no tiene nada que hacer.... Que es una especie de beneficio simple.... Como si una no tuviera que estar todo el día hecha un azacán.... desde la cocina á la botica.... regañando á todo el mundo, hasta á su propio amo.... para que no falte á éste nada, y para que viva á gusto. Luego es muy desagradable mandar, esencialmente en casa, y que los de afuera la traten á una como si fuera siempre una simple criada.... Pero, ¿quién viene allí? ¡Una joven bien parecida y elegante! ¿A quién buscará, y, sobre todo, á estas horas....?

ESCENA II

Da. DOLORES Y DICHA.

DOLORES.

(Al salir.) Bájate Catalina, y espérame en el cuarto del portero.... ¿Dígame vd., buena mujer, el señor D. Simón está ya visible?

SINFROSA.

¡Buena mujer! (Con sequedad.) No señora, se acaba de levantar, y.... Pero no importa, aquí estoy yo, y puede vd. decirme lo que quiere.

DOLORES.

Quisiera hablarle.

SINFROSA.

Y bien, hábleme vd. á mí.... ¿De qué se trata?

DOLORES.

Ya he dicho á vd. que es á él á quien quisiera hablar.

SINFROSA.

Y ya le he respondido yo á vd. también, que lo mismo da que hable vd. conmigo que con mi amo.

DOLORES.

Es que no me da á mí lo mismo.

SINFROSA.

Bueno es, sin embargo, que vd. sepa, señorita, que en esta casa no se acostumbra á recibir nunca.... y sobre todo, á las ocho de la mañana, personas misteriosas, y de una edad.... porque, ¿qué podría vd. tener á lo sumo? Diecisiete ó dieciocho años.

DOLORES.

Cumpliré los diecisiete el día de la Candelaria.

SINFROSA.

(Ya voy viendo claro.) ¿Y conoce vd. personalmente á mi amo?

DOLORES.

Mucho.

SINFOROSA.

¿Y espera á vd. hoy por la mañana?

DOLORES.

No, pero no creo que le disguste mi visita.

SINFOROSA.

Pues no puede vd. hacérsela ahora. Mi amo ha salido

DOLORES.

¿No decía vd. que se acaba de levantar?

SINFOROSA.

Eso es; ha salido de la cama, y está todavía en paños menores... de ahí que no le puede vd. ver.

DOLORES.

Esperaré entonces á que se vista. (Sentándose.)

SINFOROSA.

¿Cómo, esperará vd.?

DOLORES.

Sí, señora, mi suerte depende quizá de lo que le tengo que decir. ¡Como es tan bondadoso! ¡Tan generoso!

SINFOROSA.

(Aparte.) ¡Qué dice esta muchacha! ¿Que su suerte depende de mi amo? ¡Y mi amo que na-

da me ha hablado de esto! Es preciso que yo trate de apurar este enigma....) (Alto.) En ese caso, mejor será que espere vd. en aquel gabinete hasta que mi amo se haya desayunado, y yo le vaya á avisar.

DOLORES.

Como vd. guste.... Con todo, yo hubiera preferido hablarle ahora mismo, no sea que mi tío me eche de menos y vaya á sospechar....

SINFOROSA.

¿Qué, qué puede sospechar su señor tío de vd.?

DOLORES.

Nada, nada señora. (Entra en el gabinete.)

SINFOROSA.

¿Qué significa esto? Acaso mi amo.... ¡Bah! tenta del pico... Por ese lado estoy tranquila... en otros tiempos no digo que no, pero á los se- ¿Pero si esto tuviera relación con la disputa de ayer...? Ahora recuerdo que me amenazó, que si le volvía á incomodar me echaría de casa y tomaría otra ama de llaves... No faltaba más... ¡Después de cuarenta años que cómo su pan...! Aunque, nada tendría de extraño, por otra parte porque los tales amos son tan ingratos....! ¡Calle! Ya está levantada la niña Carmencita, la sobrinita de D. Simón.... ¡Pues no lo acostumbra hacer hasta las diez....! ¿Qué habrá ocurrido de nuevo?

ESCENA III.

CARMEN Y SINFOROSA.

CARMEN.

Buenos días, Sinforosa.... ¿Cómo está mi tío?
¿Le podré abrazar ya?

SINFOROSA.

Iré á ver si quiere venir ó no, á tomar su chocolate.

CARMEN.

Trata de que se te despache, y de que nos dejes aquí un momento solos; porque, la verdad, tengo que decirle ciertas cosas antes que venga algún importuno.

SINFOROSA.

Entonces llega vd. tarde, que ya tenemos visitas que hacen antesala esperando á que su merced dé audiencia.

CARMEN.

¡Válgame Dios, y yo que temía madrugar demasiado?

SINFOROSA.

Si hubiera sido ayer cuando vd. hubiera venido, entonces sí hubiera sido temprano á las ocho de la mañana; pero hoy.... hoy es otra cosa....

Quién sabe si á estas horas no tendrá ya el peluquín.... Como se nos ha vuelto entre las manos pisaverde y casquivano.

CARMEN.

¡Mi tío!

SINFOROSA.

Pues.... Y si vd. supiera, niña.... ¡Oh! no dirán vds. ahora que le regaño sin motivo, ni que soy una.... Una.... Y, como decía, á su edad, podía ya estar quietecito en casa, y no andarse mariposeando.... Dando citas, y recibiendo visitas.... ¿No es cierto? Aunque á mí, qué se me da de todo eso.... Á ver cómo no.... Si lo siento y me incomodo, es por su salud y por su propio sosiego.... Por lo demás, él es el amo y.... Conque voy á decirle que vd. le está aguardando.

ESCENA IV.

CARMEN SOLA

CARMEN.

¡Pobre Sinforosa....! Si pasara un sólo día sin enfadarse ó gruñir, la tendríamos que enterrar á la madrugada del siguiente.... Por fortuna que ya no debemos temer nada por su salud, por lo que respecta á hoy.... He aquí á mi tío.

ESCENA V.

D. SIMON, SINFOROSA Y CARMEN

SINFOROSA.

(Que da el brazo á D. Simón.) ¡Bah! No vaya vd. tan de prisa, que se puede vd. hacer mal.... (Con mal humor.) Es vd. tan atolondrado.

SIMON.

(Sentándose en el sillón.) ¡Conque yo soy un atolondrado! Vaya, que la tal Sinforosa me dice á veces más lisonjas....

CARMEN.

Buenos días, tío.... ¿Cómo ha pasado vd. la noche?

SIMON.

Así, así, hija mfa.... Mil gracias por tu cuidado, y por haber venido tan temprano á informarme del estado de mi salud.... Me cansó un poco, á la verdad, la trasnochada de ayer.

SINFOROSA.

Ya lo creo.... ¡No acostarse hasta las dos! ¡Dar un baile á los setenta años!

SIMON.

No era yo el que daba el baile, sino mis nietos que quisieron celebrar mi cumpleaños.... Y por cierto que nada hay más agradable para el cora-

zón de un viejo, como el que se festeje el día de su llegada, cuando se encuentra, como quien dice, en la víspera de su partida.

SINFOROSA.

Sí, sí, pero ¿quién es el que pagará los violines?

SIMON.

Toma, ¿quién los ha de pagar? Yo.... ¿Para qué diablos quiero yo mi dinero? Ya no me quedan otros placeres que los que puedo procurar á los otros... Y buen tonto sería si me privara también de ellos.

SINFOROSA.

Pero ¿qué necesidad había de haber gastado cuatrocientos reales en música y refrescos? Con una buena guitarra y unos cuantos mostachones....

SIMON.

Bien sé que allá en nuestros tiempos se brincaba más barato.... y que lo mismo nos sabían entonces los mostachones, que ahora les saben los diabolones.... Pero, ¿cómo ha de ser? Es menester marchar con el siglo.... En el día, cada contradanza es una especie de sinfonía á toda orquesta.... y en lugar de bailar minuetes, se bailan colas de gato y cadenas inglesas.... Y como todo lo que es inglés es caro, no es extraño que.... Pero tampoco me pesa de ello si he de decir la verdad.... Mi sobrino Pepe bailó ayer

mejor que lo podía haber hecho un Ministro de Estado... (Enjugándose los ojos.) Y en cuanto á Carmen, creí que estaba todavía viendo á su pobre madre! Basta decir, que algunas personas que nos habían presentado, y que de consiguiente apenas nos conocían, me preguntaban á cada paso en voz baja:—Oiga vd., D. Simón, ¿quién es aquella niña que es tan bonita y que baila con tanta gracia...?—¿Cuál dice vd.?, les respondía yo, haciéndome el desentendido...—¿Cuál quiere vd. que sea?—replicaban ellos,—la que tiene en la cabeza la guirnalda de capullos de rosas...! —Válgate Dios, ¡y qué chula es...!—Pues señores, esa niña de los capullos es mi sobrina... ¡Cómo...!—Sí, señores, mi sobrina, para servir á vds....—Y ya ves tú, Sinfrosa, que todo es infinitamente lisonjero para el que tiene la dicho de ser su tío.

SINFOROSA.

¿Qué no toma vd. su chocolate?

SIMON.

Carmen, ¿quieres tomar la mitad de mi pocillo?

CARMEN.

No, tío... Lo que yo quisiera sería hablar con vd... y también lo desea mi hermano Pepe, á lo que me ha dicho.

SINFOROSA.

Antes sería preciso que vd. reciba los de fuera de casa.

SIMON.

¿Quiénes son esos?

SINFOROSA.

¿No lo adivina vd.? Aquella jovencita... La que está vd. esperando, quizá.

SIMON.

¡Yo!

SINFOROSA.

Y lo más raro es que dice que ha de ser en secreto.

SIMON.

¿Que me quiere hablar á mí en secreto?

SINFOROSA.

Sí, señor... Había de llegar el día en que las mozuélas habfan de correr tras de vd.

SIMON.

En eso hacen bien, porque yo ya no puedo correr tras ellas, y si nos hemos de alcanzar alguna vez...

SINFOROSA.

Bueno, bueno es vivir para ver.

SIMON.

Lo único malo que encuentro en el caso, sin embargo, es que no espero á nadie... y de consiguiente, Sinfrosa, que no entiendo jota de cuanto has ensartado hasta aquí.

SINFOROSA.

Con que no entiende vd. que ahí, ahí fuera está una joven que espera, y que....

SIMON.

Eso sí lo he entendido; pero no todo lo demás.

SINFOROSA.

Entonces voy á decirle que pase adelante, para que explique á vd. todo lo demás.

CARMEN.

No, no, es justo que mi tío me escuche á mí primero.

SIMON.

Tienes razón.... algún privilegio han de gozar los parientes.... Anda, Sinforosa, y suplica tanto á esa señora, como á cualquiera otra persona que pueda venir y desee hablarme, que se tome la molestia de esperar todavía cinco minutos.... Pero hazlos entrar en la sala y que se sienten.... No los tengas, según costumbre, en el recibimiento ó en el descanso de la escalera, que me estás dando estos días el tono de un promotor fiscal.

SINFOROSA.

Eso es, para que me estropeen mi sala y mis muebles.... ¡Como tengo tan poco que limpiar cada mañana!

CARMEN.

¡Me parece, Sinforosa, que no harías mucho en decir, la sala de mi tío!

SIMON.

Mira, hija, no te pares en tan poco.... Todo eso hace la costumbre. Durante los cinco primeros años que Sinforosa tuvo en esta casa, decía—la sala del amo—durante los cinco siguientes, decía—nuestra sala—y ahora ya no dice sino—mi sala.—¿Qué quieres?, toma tanto interés en todo lo mío, que ya lo considera absolutamente como si fuera suyo. Pobre Sinforosa.... Vamos, vamos, déjanos solos.

ESCENA VI

D. SIMON Y CARMEN.

SIMON.

Y bien, chula mía, ¿qué me tienes que decir? Pero me parece que te noto algo triste.... ¿Estás mala, ó te ha sucedido alguna cosa desagradable?

CARMEN.

Sí, tío.... Cada cual tiene sus cuidados.

SIMON.

¡Oiga!

CARMEN.

Ya sabe vd. que tengo muy cerca de dieciseis años, y que á pesar de eso, trata vd. de volverme á enviar al convento en que me educó, tan pronto como pasen las vacaciones.

SIMON.

Ya suponía yo que eso sería lo que te tenía tan macilenta.

CARMEN.

Es que, si he de decir la verdad, no es solamente eso.

SIMON.

¿Cómo! ¿Pues qué hay todavía más?

CARMEN.

Sí, señor.... hay que D. Miguelito es un ingrato.

SIMON.

¿Quién? ¿Miguel Sandoval, camarada de colegio de tu hermano Pepe?

CARMEN.

Ese mismo: ayer estuvo en el baile, y sólo porque bailé dos contradanzas seguidas con otro, me dijo que no hacía caso de él, que era una coqueta.... En fin, me dijo cosas muy desagradables.... Y vd., tfo.... Vd. que me conoce, podrá saber mejor que nadie, si yo merezco que se me trate así, como un estropajo.

SIMON.

Pero es posible, señora, que dieciseis años....

CARMEN.

Calle vd., tfo, y no me interrumpa vd., que todavía falta lo peor.

SIMON.

¡Ay, Dios mío! ¿Y qué será eso que falta peor?

CARMEN.

Que no nos pudimos entender en toda la noche....

SIMON.

Ni yo tampoco puedo comprender cómo....

CARMEN.

Y de consiguiente, nos separamos reñidos....

SIMON.

¡Es una cosa increíble! ¡Es un horror!

CARMEN.

¿No es verdad, tfo, que es un horror? Dichosamente que cuento con vd. para que medie entre nosotros, y para que nos haga hacer las paces.

SIMON.

No digo eso, sino que es un horror el que ya pienses en esos enamoramientos.... Yo que te iba á comprar la más magnífica muñeca....

CARMEN.

No, no señor, ya no me divierten á mí las muñecas desde que he conocido á D. Miguelito.

SIMON.

Pero explícame, á lo menos, ¿cómo os habéis

podido enamorar, y os lo habéis podido decir, tú en tu convento y él en su colegio.

CARMEN.

Nos lo decíamos los domingos cuando salíamos, y nos lo escribíamos los demás días de entre semana.

SIMON.

(Con severidad.) Yo quisiera saber quién era el pícaro que se encargaba de llevar y traer semejante correspondencia.

CARMEN.

Vd. era ese pícaro, tío, precisamente, y el que....

SIMON.

¡Yo....!

CARMEN.

Sí, señor.... ¿No se acuerda vd. que nos iba vd. á ver todos los días á Pepe y á mí?

SIMON.

¡Y bien!

CARMEN.

Pues con Pepe estaba siempre D. Miguelito, y tanto éste como yo, le introducíamos á vd. en el bolsillo de la casaca, sin que lo sintiera.... nuestras cartas.

-SIMON.

Habrás visto jamás tamaña picardía... ¡Abusar así de mi confianza....!

CARMEN.

Vaya, tío, no se enfade vd. conmigo.... ¿Quién quiere vd. entonces que me consuele en mis penas?... Vd. que es tan bueno.... tan cariñosito.... (Acariciándole.)

SIMON.

Ello, bien considerado, nadie es más culpable que yo en este negocio, porque....

CARMEN.

Ya se ve que vd. es la causa de todo... y del pesar que me aflige... hoy (Llorando.)

SIMON.

Caramba, ¿conque yo soy?

CARMEN.

Pero no tenga vd. cuidado, que no le reñiré.... Me basta con que vd. no haya sabido nada, y... Lo que sí ha de hacer vd. ahora, es darse prisa á reconciliarnos.... Porque esto es lo que más nos importa á todos.

SIMON.

(Linda comisión para dársela á un tío.) Bien, bien, ya veremos lo que conviene hacer; tranquilízate, fiate de mí.... Pero cuenta con que nada de esto que hemos hablado, llegue á noticia de

tu hermano.... No sea que se le susciten algunas ideas perniciosas.... El es todavía un chucuelo que tiene los ojos cerrados....

ESCENA VII.

D. PEPITO Y LOS DICHOS.

PEPE.

(Fuera de sí.) Tío, tío: á vd. era á quien buscaba.... Ya no puedo sufrir por más tiempo mi posición.... Y si vd. no me saca del berengenal en que estoy metido, soy capaz de darme aquí mismo un pistoletazo.

SIMON.

¡Oídos que tal oyen! ¡Un pistoletazo! Pues no ves, hijo, que te iba á doler muchísimo.

PEPE.

Es que lo que á mí me sucede es tan terrible, tan inaudito, que vd. mismo cuando lo sepa no podrá menos de irritarse.

SIMON.

Enhorabuena.... me irritaré si te empeñas... con tal que te calmes y te sosiegues. Vamos, ¿qué es lo que te ha pasado?

PEPE.

¿Conoce vd. á Dolores Mendoza, sobrina de un antiguo ascentista de cárceles y hospitales?

SIMON.

No la he de conocer....! Su tío vive en esta misma calle, en el número treinta y cuatro.

PEPE.

¿Y no la encuentra vd. muy linda?

SIMON.

Lo es, en efecto; y parece, además, muy amable y muy bien educada.

PEPE.

Pues sepa vd. que me la quieren casar con el Marqués del Soto.

CARMEN.

¡Cómo! ¿Con ese hombre tan horrible.... que pasa ya de los cincuenta y cinco....?

PEPE.

Precisamente.... y sin más que porque tiene veinte mil duros de renta.

SIMON.

Lo siento.... ¡Pobre muchacha! Es un verdadero sacrificio, porque el tal Marqués no sólo es viejo y feo, sino que también disfrutó de una reputación muy equívoca.... Nadie sabe de dónde le viene su dinero....

CARMEN.

¿No es el que compró el otro día ese magnífico caserón de la esquina?

SIMON.

¡Sí, y el que también ha comprado una gran hacienda, y un molino, y un olivar y... Vamos, lo ha comprado todo, menos el aprecio público, que, dichosamente, no se vende.

PEPE.

Lo ve vd. tío, cómo es vd. de mi misma opinión...? y que es una infamia que no debemos sufrir.

SIMON.

¡Que no debemos sufrir! ¿Y qué te importa á tí? ¿Qué nos va ni qué nos viene á nosotros de que la tal Dolores se case ó no se case con el Marqués?

PEPE.

¡Como! ¿Pues no le he dicho á vd. que la amo, que la adoro, que no puedo vivir sin ella?

SIMON.

¿Y te atreves tú á hacerme semejante confesión?

PEPE.

¿Pues á quién se la he de hacer sino á mi mejor amigo? ¡Sí, tío, tenga vd. por seguro que me costará la vida si pierdo la esperanza de conseguir á mi Dolores... Ello, sentiré mucho darle á vd. esta pesadumbre... Pero á bien que se lo prevengo á vd. con tiempo... lo que al contrario, si me casara con ella,

SIMON.

¡Casarte con ella! ¡A tu edad!

PEPE.

¿Y no vale más hacerlo ahora que no dentro de cinco ó seis años? Así gozará vd. más pronto del espectáculo de mi dicha y de la de mi hermana... Porque, sepa vd., que si mi hermana y yo estamos decididos á casarnos lo más pronto que nos sea posible, es únicamente por vd... expresamente por vd... ¿No es cierto, Carmen?

CARMEN.

Y es lo mismo que hace un instante trataba yo de hacer comprender al tío.

PEPE.

Oiga vd. cómo hemos arreglado nosotros este negocio, y con qué facilidad... Hemos empezado por convenir desde luego en que vd. nos había de dar sesenta mil duros á cada uno de los dos.

SIMON.

¡Ah! ¿yo les tengo que dar á cada uno de vds. sesenta mil duros?

PEPE.

¡Sí, señor; no necesitamos más: ¡no es verdad, Carmen, que nos basta con sesenta mil duros?

SIMON.

CARMEN.

Por supuesto.... Y luego si falta algún pico, ¿no está ahí el tío?

SIMON.

Pero me parece, amigos mfos, que debían vds. haber contado antes conmigo para....

PEPE.

Ya se ve que se lo hubiéramos dicho á vd.... Ya pensábamos en ello. Pero escuche, vd., escuche vd., que todavía no he acabado.... Después viviremos los dos matrimonios con vd.... siempre con vd.... ¿Cómo quiere vd. que lo dejemos solo...? Y le cuidaremos á vd. todos á porfía, y le acompañaremos de día y de noche, y... pues, nuestros hijos.... ¡Oh! cómo nos los va vd. á echar á perder.... ¡esos sí que serán niños mimados!

CARMEN.

Tío, ¿vd. se sonríe? ¡Vd. se enternece!

SIMON.

No digo que no.... Pero hijos mfos, antes de todo, es menester ser racionales. (A D. Pepe.) ¿Sabes acaso cuándo se firma el tratado de cosas con el Marqués?

PEPE.

Hoy mismo.

SIMON.

¿Y estás seguro que ella te ama?

PEPE.

Al contrario.... Estamos ahora completamente reñidos, sin que se haya dignado decirme el por qué.... Aunque yo, si he de decir la verdad, creo que pudiera acertar con el motivo.... Habrá sabido, sin duda, (A media voz) que yo por pasar el tiempo estaba coqueteando con otra....

CARMEN.

¡Jesús, y qué perrada! ¿Coquetear con otra cuando amabas á Dolores?

PEPE.

¿Qué sabes tu de eso....? ¡Como se conoce que no te ha salido todavía la muela del juicio.... Pero nosotros los hombres amamos de amor á una persona, y á pesar de eso.... En fin, basta.... El tío me habrá ya comprendido.

SIMON.

Está bien, está bien; no profundicemos más la materia.... Y volviendo á lo esencial.... Ya vez, Pepe, que ni aun tú mismo puedes asegurar que esa niña te corresponde.... Por otra parte, el tío te desecharía, probablemente por la corta edad.... Luego el contrato del Marqués está ya tan adelantado, como que hoy mismo se firma.... Todo esto complica demasiado el negocio.... Lo hace casi un imposible.... Y yo, aunque con la mejor voluntad del mundo, no me atrevo á tentar el vado.

PEPE.

¿Por qué?

SIMON.

Porque es locura intentar lo que no se puede absolutamente realizar.

PEPE.

(Con aire embarazado.) ¡Ah! si vd. quisiera nada es más fácil... Con sólo una palabra que vd. pronunciara...

SIMON.

Explícate.

PEPE.

¿Quién no sabe que el Marqués no tiene otro mérito á los ojos de D. Pedro, que el poseer veinte mil libras de renta?

SIMON.

Y aunque eso sea así, como tú no posees otras veinte....

PEPE.

Pero como vd. posee más de cincuenta, sería más que probable que vd. fuera preferido á los dos.

SIMON.

¡Yo! Confieso que no me esperaba semejante salida... ¿Y qué sacarías tú de que yo me presentara como pretendiente de Dolores?

PEPE.

Conseguiría, en primer lugar, que el Marqués tendría que retirarse; y conseguiría después el

que no viniera otro rival á reemplazarle, porque correría la voz de que Dolores se hallaba ya comprometida con vd., y esto los asustaría... Luego en vd. estaba el ir alargando la boda, y el ganar la mayor cantidad del tiempo posible... Que yo por mi parte trataría de aprovechar, para envejecerme un poco á los ojos del tío, y para reconciliarme con la sobrina. Sucedido esto, me cedía vd. á la novia, sin que nadie tuviera que admirarse de que vd. la hubiera hecho la corte, y de que yo me casara en seguida con ella... Porque esto se ve todos los días.

CARMEN.

¡Ay! qué lindo proyecto... De esta hecha voy á tener una hermana y una confidente.

SIMON.

Sí, muchachos, todo esto está muy bien coordinado en vuestras cabezas de dieciseis años... A lo menos así os lo parece á vosotros... Y todo se reduce, en vuestro concepto, á una picardiguela más ó menos de estudiante ó colegiala... Pero un hombre de mi edad no se puede prestar á semejantes subterfugios... Equivaldría á burlarse de D. Pedro, y de toda una familia muy respetable....

PEPE.

¿Cómo, tío, usted se opone á...!

SIMON.

Positiva y decididamente.

PEPE.

Entonces, descargue vd. sobre mí toda su cólera; porque estaba tan creído de que vd. daría su consentimiento, que he escrito esta mañana á D. Pedro en nombre de vd., y sin consultarle.... tanto tiempo acllado....? ¿Podría usted, acaso dudar de mi consentimiento? Por fortuna que no se había formalizado el otro contrato.... Así, lo mismo fué recibir su carta de usted, que escribir yo al Marqués para retirar mi palabra y devolverle yo la suya.

SIMON.

¡Qué oigo! ¡Te habrás atrevido!....

PEPE.

Pidiéndole la mano de su sobrina....

SIMON.

¿Para mí?

PEPE.

Para vd.... de suerte que si vd. me desaira, le juro á vd. que no sobreviviré un minuto á mi deshonra.

ESCENA VIII.

DICHOS Y UN CRIADO

CRIADO.

(Anunciando.) El señor D. Pedro Mendoza,

CARMEN.

Quiere decir que él mismo es el que trae su respuesta.

PEPE.

Pues le repito á vd., tío, que no sobreviviré un minuto á la menor palabra que vd. diga en contra de lo que yo escribí; y aunque siento en mi alma faltarle á vd., hasta ese punto, al respeto, tenga vd. por seguro, que pronunciar vd. el fatal no, y arrojarme yo por esta ventana, todo será uno. (Corre hacia ella.)

SIMON.

¡Pepe, Pepe, yo te mando que te estés aquí á mi lado! (No me ha quedado una gota de sangre en las venas.)

ESCENA IX

DON PEDRO Y DICHOS

PEDRO.

¡Ah! ¡Amigo mío! ¡Ah! mi querido futuro sobrino, no se puede vd. figurar cómo me ha penetrado, su carta de vd., de alegría y de ternura.

SIMON.

Señor.... (Queriéndose levantar.)

PEDRO.

No, este usted quieto.... No faltaba más que anduviera vd. ahora con esos cumplimientos con-